TRES GOLPES A AMINADAB

POR

ALFONSO CANALES

I

INVITACION A LA LUZ

¡AMINADAB, Aminadab, los hombres
ya no conocen tu cuádriga! Viejos,
cansados alazanes, en el recinto oscuro,
rumian la paja de otros siglos. ¿Nadie
te invoca, Aminadab? ¿No turbas
ya la ilusión de nadie?
¿La paz es tuya? ¿El campo es tuyo? ¿Muertos
yacen los paladines que con acero soleado golpeaban el escudo
suspendido en la jamba de tu albergue?
Antaño el día los convocaba, bellos sobre el albero,
a pugna desigual. La noche era
tu imperio, mas el alba
fruncía los oscuros cortinajes,
deshilvanaba los siniestros arambeles
urdidos por el sueño, destejía
los vanos paramentos que tu presencia hilaba,
y te mostraba pobre, desarmado y vencible.
Ahora el olvido te hace fuerte.
No hay ya necesidad de los caballos
para trillar la parva de las flores,
porque el yermo ya es yermo.
No hay ya pájaro
cuyo canto se atreva a suspender el corazón de los que oran.
No hay martillo que caiga
sobre tu maleficio.

¡Aminadab, Aminadab, el hombre
se ha resignado a no durar! Madura
está su carne para ti. No espía
el ojo ya: la mano palpa.
Lágrima es la mirada que en los dedos reposa,

que en la palma sosiega su brillo, su esperanza,
y no apetece, Aminadab, el cielo.

¡Aminadab, Aminadab, los cauces
de tu perfidia erigen a Caín sobre el Arca!
El golpe, sólo es golpe.
El fuego, sólo fuego.
La enfermedad, el jugo de una vida
que la materia urde
contra sí misma.
Ya la Historia Lausíaca, Casiano y Atanasio,
en nichos, plúteos, pudren su papel en reposo.

Mas el gesto de Dios sobre la altura
del pináculo aún muestra
un opuesto camino. Suda el labio
la palabra de loa, y es alegre
el peldaño, si el ansia
desbarata los techos, si los muros
acotan solamente la medalla
frágil del tiempo, si el vacío cuarto
no nos asume.
Hay brazos
que todavía no se muestran dóciles
al costado. Y espaldas
en las que pluma crece.
¡Aminadab, Aminadab, hay huesos,
alados huesos,
incrédulos huesos que locamente persisten
en afirmar la sal que los abriga!
Existimos aún los que besamos
cada noche la piel de nuestros hombros;
los que escarbamos en la tierra,
buscando oro, agua;
los que abrimos las hojas
de las ventanas en estío, y vemos
un cúmulo de dicha
en el soplo que irrumpe; los que amamos:
aquellos para quienes las criaturas
no soportan la fiebre sin designio.

Aminadab, aún tiene la manzana
pulpa y frescor. Y hay labios

que no la rozan sino siete
veces: lo justo, Aminadab. Aún siembra
aroma el corazón de los hundidos.
Monta
tu tienda y tu valor.
Requiere
tus más antiguas y olvidadas artes.
Que doble fuego pugne,
como ayer, en las puras
criptas del sacrificio.
A la envidia te llamo: Dios existe;
Miguel vela. Te invito a la codicia:
el tiempo es oro;
el silencio es de oro,
y tras los muros del silencio gira
un anillo sin fin.
¿En qué reducto
piensas reinar? ¿Qué ciegos animales,
en qué desfiladeros, apacientas?
¿Bajo qué antiguo árbol
a una doncella robas el calor y la dicha?

En un día glorioso,
a orillas del azul, sobre una cima,
a punto de estallar la primavera,
cerca del sol, mecido por el viento,
creo soñar despierto con la escala,
creo ver el trasiego de los ángeles,
la brecha cenital, la blanca lluvia
de plural alimento, los espinos
incendiados de Dios. Y con palabras
no rituales, lejos de tus signos,
Aminadab, Aminadab, te invoco.

II

ALIMAÑAS

¿PUDO Dios olvidarlo? Dios no puede
olvidarse de sí: por eso estamos,
como vivos azogues, en las casas

alzadas en su honor. ¿Acaso pudo
olvidarse de él?
Si la amarilla
paloma de la col planea o muerde;
si se desliza al sesgo la gaviota,
desde la nube al mar; si la calandria
hace llover su canto en las espigas,
no hay duda de que Dios se compadece
de nuestro afán.
Mas hay
seres desnudos que entre dientes dicen
su ácido a la savia,
cobijos de maldad bajo las piedras,
opulentas madejas en los sótanos,
siniestros chancros en las noches
más caras al amor. Dios no lo olvida.

De su memoria nacen los reptiles.
En su memoria, el hilo que, brotado
del agua primitiva, tenso sube,
palmo tras palmo, hasta nosotros, tiene
inconfesables ramas donde
las altas manos tiemblan,
como intentando vías sin término,
ensayando
el acorde dispar, en juego sucio.

Así se explica, sórdida, la araña
dormida en el rincón donde los tactos
nunca arribaron; la lombriz hinchada
de arena corrompida; o el escuerzo
que en San Miguel de Tous se nos ofrece
por el pintor Bartolomé, con tiernas
y humanas adiciones, como vivo
cuerpo de Aminadab.
No hay otra vía
más ancha de miseria, más confusa
de ciénagas febriles, que esta triste
tarea del Creador, para llevarnos
al subsuelo de un ángel, a los pozos
donde su trono cava. Ved la oscura
tremielga, donde alumbra
el átomo sus ráfagas; el sapo

partero de cisternas; los iguánidos;
el panique, el cobego, la moharra,
la golofa, el pasálido, la empusa,
el ocnerodes, el falangio, el frino;
la mantis, falsamente religiosa;
el propomacro, el longicornio, el verde
calcosoma; el euquiros, el samólice;
y la euglena, la lamblia, el paramecio,
la estiloniquia, la tocofria, el coleps.

No, Dios no lo olvidó: jamás se olvidan
los primeros amores. El maldice
a Aminadab desde su impar altura,
más no lo olvida. Tuerce las señales,
a veces, en el dédalo
donde la sangre se derrama. Tuerce
los rayos de la luz, para que tengan
algo de él. Anida
una lamprea en cada
pecho. Y a veces sueña con el hijo
que en antros se le esconde, por no verle
la cara, por no verle
las manos. Y las manos,
hechas a luz y aire, hechas a tierra
y agua, se le van tras el rebelde
Aminadab, con llanto.

III

HABITACION DE LA MENTIRA

DONDE hay un falso dios, allí estás tú. No importa
que la deidad se muestre compasiva,
que con sus manos múltiples nos haga
participar de un sueño
cuyas raíces palpan las estrellas.
No importa que remedie con precaria blandura
la tristeza de muchos. Una sombra
tras el ara se esconde; un turbio tuétano
horada las entrañas de los ídolos.

Tras de los lampadarios
anidan grises formas,

siniestros, movedizos gestos de ceniza
que mancillan los muros.
Y en el silencio de los ademanes que turbiamente tocan
la piedra, el arenoso zaharro,
desentierras perfumes.

E intentas encerrar lo divino en regazos minerales
vestidos de vegetal verdor,
de manchas, de poblados que crecen,
mármol, pórfido arriba,
como finos pantanos.

En el secreto de tu hogar, invitas
a la discordia.
Haces pensar en púas sepultadas
donde la cera finge
todo el fecundo riesgo de la sangre.
¡Oh ardor, ardor del hombre!
¡Qué cauce, ardor, qué cauce a tu quemada
actitud de soberbia!

Y luego, el cuerpo helado.
¡Qué luz, el cuerpo helado
para alumbrar la idea de una muerte sin fin!
Sin fin, tu risa
hace temblar las frágiles columnas,
los dedos afanados
en el desesperante contorno de los días.
No sabremos de ti, pero buscamos
conocer de nosotros: y allí tú nos esperas.

Una ola es el hombre
que de incansable mar se alza, luce
un instante, a los fuegos
del sol usual y vivo.
Una gota es el hombre,
que se desprende de la alzada onda;
que, en el aire sin fin, breve fulgura,
suspendida en un brillo;
que, más tarde, regresa; que se añade
al incesante hervor de lo creado.

Alfonso Canales
Martínez Campos, 1
MÁLAGA